

EL CAFÉ,

ECO DE LA CHISMOGRAFÍA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

Este periódico se publicará los días 15 y 30 de cada mes. — Se suscribe en la ADMINISTRACION, calle de Embajadores, 37 3.º izquierda, y en las librerías de Cuesta, Durán, San Martín y L. Lopez.

15 de Noviembre de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid un trimestre..... 4 rs.
En Provincias..... 5
En el Extranjero y Ultramar..... 10

ADVERTENCIA.

Las personas á quienes se hayan remitido los dos primeros números de EL CAFÉ, y no los devuelvan á la Administracion antes de recibir el tercero, se entenderá que quedan suscritas por el actual trimestre.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Con dos palabras solamente podia yo dar cuenta á mis lectores de lo mas notable que ha ocurrido en los primeros dias de Noviembre. Esas dos palabras no serian otras que las pronunciadas por un famoso almirante español al describir la impresion que la vista del mar le habia producido.

—«¡Mucha agua!»—Hé aquí las dos palabras, y hé aquí el principio del mes en que vivimos. Y quien dice mucha agua dice tambien mucho lodo, poca gente en las calles, y constante uso del incómodo toldo de ballenas y seda que hacen resonar de cuando en cuando los arroyos despedidos por los canalones, que aun desafian el impuesto del municipio.

Dudo mucho que la lluvia parezca agradable á nadie que no sea poeta ó cosechero. Estas dos clases de la sociedad, á las cuales no es lo comun que pertenezca al mismo tiempo un individuo, son las únicas que encuentran belleza en las gotas que caen de las nubes. A los unos les parecen perlas, porque no las miran mas que sobre las hojas de los arbustos y sobre la yerba, y los otros ven en cada gota un grano de trigo ó de cebada, y en cada nube un saco de dinero. Los que no son poetas ni propietarios agricolas no comprenden que una gota de agua puede ser nunca una perla admisible en las joyerías, y no vén que el pan baje por mas que baje el agua. De aquí que la lluvia sea para ellos una necesidad que sufren á lo mas con resignacion, pero no con gusto.

Ningun mes tiene tan triste principio como el presente. El dia primero con las visita á los cam-

po santos, y el dia dos con sus misas de difuntos son acaso los mas melancólicos de todo el año. ¡Quién no tiene alguien que encomendar á Dios! Quién no recuerda con lágrimas á sus padres, á sus hijos, á su mujer, á sus hermanos ó á sus amigos, que tal vez el año anterior estaban llenos de vida y de esperanzas! ¡Ah! ¡Cómo hace pensar ese dia en lo vano y en lo perecedero de nuestra frágil existencia!

Pero como en la expresion del sentimiento caben tambien el mal gusto y la vanidad, los cementerios no solo se adornan en el dia primero de Noviembre con luces, sino que abundantemente cubren sus paredes y hasta el suelo cintas y coronas con inscripciones en francés y en castellano, angelitos de porcelana ó yeso, medallones con cenotafios de pelo, y flores y ramilletes de papel negro y dorado. No mireis todo eso con ojos de artista: á esos recuerdos, feos de por sí, les dá belleza el llanto de que están bañados, la intencion cariñosa con que allí se colocaron.

Hablando de campos santos, ocurreme decir tambien algo de otra funcion religiosa que se celebra en Madrid en el mes presente. Me refiero al rosario que el dia 9 por la noche sale de la iglesia del Sacramento y baja hasta la cuesta de la Vega. En semejante dia fué encontrada la imagen de la Virgen que hoy se venera en el citado convento de monjas y habia estado oculta en un cubo de la muralla hasta que Madrid salió del poder de los moros. Si no precisamente en el mismo sitio, muy cerca de él á lo menos existe una estatua de piedra, representando á la santísima Patrona de Madrid, con el traje en que hoy se encubre la milagrosa imagen hallada en el muro. Los dos faroles cuya luz vé desde larga distancia el viagero que por la noche se dirige á la capital de España, habian sido reforzados para este acto religioso con otra multitud de farolillos de colores, colocados en caprichosa forma. Luces de bengala estendian sus reflejos blancos, azules y rojos sobre la concurrencia que se agrupaba al rededor del altar y del jardinillo que hay delante de la Virgen, y los cohetes subian en abundancia, anunciando en la oscuridad de la noche la funcion piadosa que allí se celebraba. La temperatura era agradable para ser de Noviembre, abundante la limosna que se recogia, y grandes el respeto y la devocion de los concurrentes. Aunque la impiedad se es-

fuerce, no ha de conseguir que las creencias religiosas dejen de manifestarse en nuestra España, donde están profundamente arraigadas.

No hace muchos días que por algunas calles se formaban grupos de bobalicones contemplando con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás una ó varias estrellas, que aseguraban ver no sé si cerca del Sol ó de la Luna. Cosa rara en efecto es contemplar las estrellas al medio día y sin recibir un pisotón en cualquier callo; pero tal anda el mundo de mal avenido, que no será extraño que la mejor noche asome el Sol á reemplazar á los faroles de gas, que por cierto más que luz de gas parecen cerillas de Cascante.

De todos modos esas estrellas que se han paseando por el cielo á las doce del día, significan un bromazo dado al astrónomo de Zaragoza. Tenia profetizado que saldrían á pasearse y á correr por los espacios en la oscuridad de la noche, y salen antes de día por embromarle. Con razón puede sostenerse que ya

el mentir de las estrellas
no es muy seguro mentir,

porque ellas, haciendo uso del derecho de manifestación, antes que nadie pueda ir á preguntárselo á ellas, se asoman por arriba dejando mal, no solamente al mas reputado astrónomo, si no al mismísimo lucero del alba, si anuncia cosas de su vida privada, que no quieren que sepamos nosotros los de aquí abajo.

Si desde las estrellas pasamos á la literatura, que no deja de ser viaje largo, porque las letras andan muy por los suelos en esta época de prosa y egoísmo, podremos ir asomándonos á los teatros viendo sus estrenos. El Español ha dado *El testamento de Acuña*, original, según los carteles de D. Cecilio Vegramunte, nombre que aseguran ser un seudónimo. De esta obra unos dicen que *haches* y otros dicen que *erres* y todos que se ha puesto en escena porque la empresa la recibió anónima bajo un sobre, la leyó y le gustó. Si Vds. son poetas, envíen alguna comedia del mismo modo que afirman fué enviada esta, y verán que pronto se hace. (1)

En los Bufos Arderius se han estrenado, *El dolor de cabeza*, por el Sr. Blasco, *El carbonero de Subiza*, de los Sres. Ramos Carrion y Granés, con música de Rubio y Acebes, aplaudidos autores de la *Revista* que se hizo este verano en el jardín de San Juan, ahora del Buen Retiro, y *Tocar el violon*, letra del Sr. Puente Brañas y música de D. Guillermo Cereceda. En este teatro, según costumbre, la concurrencia tiene los nervios que producen la risa, del tamaño de cables; y los autores necesitan para moverlos usar chistes de mucha fuerza; de tanta que difícilmente los resiste el que no esté acostumbrado á tales emociones.

La Zarzuela sigue estrenando *Los Magyiares*, *Jugar con fuego* y otras novedades, y en el Circo han cesado *Los niños grandes*, por ahora, después de haber dado buenas entradas. En cuanto á los cafés-teatros, es tanto lo nuevo que dan á los consumi-

dores que no me atrevo á llevar cuenta. Por ahora parece que los poetas que *sienten* estos escenarios no están en ánimo de declararse en *huelga*, y eso que el *jornal* no es gran cosa según cuentan.

Con que lector amable que has tenido la paciencia de llegar á estas palabras, quédate con Dios y hasta el día 30, en que te diré lo que hoy ocurra en el Pardo entre los que festejan á San Eugenio comiendo bellotas.

GAZENOLZ DE TUILDONNE.



Perlas, besos y lágrimas.

Cuando alegre la rosa despertaba
En los húcaros frescos de sus rejías,
Cual bruché puro que formó el rocío,
Guardó tres perlas.

Cuando la niña, al aspirar su aroma,
La arrebató del tallo sonriendo;
Cuando la niña la llevó á sus labios
Guardó tres besos.

Cuando la flor marchita y sin perfume
A mis manos la niña trasladaba,
Cuando la rosa en mi poder moría.
Guardó tres lágrimas.

ANTONIO F. GRILLO.



METAMORFOSIS CASTELLANAS.

HÉSPERO.

Muerto sin sucesión Hispálo, que dió su nombre á Hispalis, ó Sevilla, y Hércules, el de las célebres columnas, nombraron los de España, para que de cabeza y caudillo les sirviese, al africano Hespero, hermano de Atlante, y uno de los compañeros de Hércules. Nadie con más razón pudiera subir á tan excelso puesto. Ni en claridad de entendimiento, ni en la elocuencia y hermosura de sus palabras, pudo jamás aventajarle ningún príncipe extranjero. Era su ánimo inquieto, bullicioso y amigo de las grandes acciones; hermoso y varonil su semblante, suelto y desembarazado su cuerpo; de niño mereció elogios de todos los caudillos por su robustez arrogancia y valentía en las luchas infantiles, de hombre, el amor y respeto de cuantos le trataron. En la guerra fué más valiente y generoso que sagáz y astuto; daban sus flechas en el mismo punto que sus ojos, y jamás enemigo inerme pereció á sus manos; en la paz era sencillo, sóbrio y amigo de la justicia, riguroso contra los malhechores, con los extranjeros benigno y amoroso.

Tal era el sucesor de Hispálo y de Hércules: amándole sus pueblos por su virtud y sus proezas; bajo su cetro florecían la agricultura y el comercio, y Turdetanos, Bástulos y Túrdulos veían trocarse la Bética en viva imagen de los Eliseos campos. Por la noche cuando los hombre descansaban en blando sueño sumergidos, agradábase al rey contemplar la soledad de los desiertos bosques,

(1) Con las mismas letras que se escribe Cecilio Vegramunte, sin quitar ni poner ninguna, puede escribirse: Miguel Vicente Roca. ¡Qué casualidad!

las murmurantes ondas del cristalino Bétis, y la celeste bóveda, de innumerables y vivísimas luces tachonada. No era entonces la Luna, según dicen, reina de la noche y las tinieblas como ahora: sentada en el carro de su esposo el Sol, alegraba el día con el fuego de su rostro, tan límpido y brillante como el de aquél, y al acabar la tarde, dejando á las estrellas el cuidado de alumbrar el mundo, ibanse entrambos á descansar de su carrera en el aéreo lecho cubierto de nacaradas nubes. Una noche dormía Héspero sobre la verde alfombra de los campos; sus labios pronunciaban guerreras voces, y su diestra oprimía aun en sueños el puño de su espada. De repente un aroma celestial y una voz dulcísima volvieron la vida á los ojos del guerrero, y descendiendo del Empíreo vió llegar hasta él una muger hermosa á maravilla, trayendo mezcladas en su rostro la nieve de los montes y las rosas de las praderas; sus cabellos, negros como el fruto del laurel, orlaban la frente sujetos con una diadema de vivísimos luceros; otros, no menos brillantes, bordaban á miles su flotante vestidura sujeta sobre el casi desnudo seno de jazmines, con un broche de fulgidas estrellas. Llegóse á Héspero sin tocar la tierra, y mostrando en hechicera risa un tesoro de perlas á través de sus labios de coral:—«Ven, le dijo, dichoso mortal; tú cada día has hecho arder de amor mi corazón: por ti abandono furtiva el lecho nupcial y las caricias de mi esposo; ven á gozar en mis brazos placeres negados hasta hoy á los mortales»... Y arrebatándole de la tierra, llevóle envuelto entre espesas nubes por los espacios. Mas ¡ay! que el delito de la Luna, aunque oculto para cielo y tierra, no lo fué para los ojos de él que todo lo penetra. Héspero perdió su corona para siempre, y mientras sus vasallos le lloraban por muerto en remotas naciones, él ansiaba en vano volver al mundo. Irresistibles fuerzas le obligan sin embargo cada vez que se oculta el Sol á mostrarse en el cielo, radiante de dicha, bajo la forma de un hermosísimo lucero: así ardiendo en adúlteros amores, espera la llegada de la Luna, que poco después de él, huyendo del lado de su esposo, sale tiñendo el horizonte con lo que los hombres llamamos crepúsculo y no es otra cosa que el carmin de la vergüenza que asoma por un momento á sus mejillas. Sigúense ambos así toda la noche sin poder encontrarse jamás, y cuando aparece la aurora, ocúltanse, evitando la presencia del ofendido Sol y la alegría del Universo. ¡Triste castigo el de los amantes que, llena el alma de alegres aunque criminales amores, se vén de continuo sin poder unirse jamás, y cuando sólo piensan en placer y dicha, no ven en el mundo más que espanto, crimen y tinieblas! ¡Pobre Luna! Nadie sabe su falta, y sin embargo ella juzga que todos la conocen, y los remordimientos de su corazón pálidanse en la palidez de su semblante. Así en el mundo el crimen puede quedar oculto; pero nunca impune, y si el hombre engaña á sus hermanos jamás á su conciencia.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

CERVANTES Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

Legenda.

(MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1871.)

Quando viví, me dejaron en la miseria: hoy me levantan estatuas que no necesito, y no me hacen sufragios, que tanto anhelo... Decidles (á los literatos) que en el lugar donde resido, huele mejor el aroma del incienso, que el humo de las alabanzas.

(GAVANILLES: *Diálogos*, pág. 34 y 35.)

En clamoreo ronco las campanas
Anunciaban la noche de difuntos,
Noche que á los ateos estremece,
Al recordar la muerte y el sepulcro.
Noche de gozo y esperanzas llena
Para el alma cristiana, para el justo,
Que ruega por sus padres y sus deudos,
Y aún por sus enemigos y verdugos.
En carroza de plata aparecía,
Sin brumas ni celages importunos.
Ruborosa la Luna, cual pudiera
En frío Enero ó en ardiente Julio.
Por la parte del yerto Guadarrama
Rugía el viento bramador y agudo,
Tan sùtil y glacial, que parecía
De pulmonías precursor y anuncio.
En manto de Béjar yo embozado,
Pasaba por la calle, que hasta el vulgo
Pisa respetuoso, porque en ella
Hay un templo de Monjas, pobre, oscuro:
Santuario, empero, que mi patria mira,
Y aún todo el orbe de sorpresa mudo,
Porque Miguel Cervantes allí yace—
Entre huesos y túmulos oculto,
Sin que puedan los vivos, mal pecado!
Ni al presente, ni en siglo allá futuro,
Al muerto contemplar de tal renombre
Que no cabe en los ámbitos del mundo.
Las vírgenes esposas del Cordero,
A cuyo sacrificio debe el triunfo
De la hueste infernal feliz el hombre,
Con la divina sangre limpio y puro,
En voz angelical aunque doliente,
Llenas de fé y amor tierno y profundo
Ofrecían plegarias por los muertos,
Que en el convento aquel duermen sepultos.
¡Con qué humildad y devoción las Monjas
Los lamentos del casi moribundo
Paciente Job, unían á los salmos
Del penitente Rey, del Vate augustol
Los cánticos austéros de la muerte,
Que al hombre terrenal y polvo inundo—
Hasta Sion elevan, donde el arpa
Del ángel suena en celestial preludio,
Con violencia mis plantas atraieron
Irresistible, con suave impulso
Hacia el sacro recinto, cuyas puertas
Subito abrirse con placer descubro.

En la Iglesia penetro, me arrodillo,
Y persigno, y abriendo mi Diurno,
Acompañar las virginales voces
A la luz de una lámpara procuro.
Terminado el responso acostumbrado,
Tras el tercero y postrimer Nocturno,
Alejarse del coro silenciosas
A las esposas del Señor vislumbro.
Quedo solo en el templo, y del Rosario
Una parte rezando continúo,
Ante el ara postrado de María,
A quien dirijo en fin este saludo.

II.

Virgen Inmaculada,
Mas que los querubines bella y pura,
Madre del Criador, á quien agrada
Pida tu proteccion la criatura;
Si en la triste morada
De penas transitorias y amargura
Miguel Cervantes llora,
Con tu imperial y poderoso manto
Ampárale, benéfica Señora,
Y libre de prisiones.
El cántico divino: *Santo, Santo,*
Podrá entonar del cielo en las mansiones.

III

Cesa mi breve oracion
Y me levanto del polvo,
Y después que agua bendita
Para santiguarme tomo,
No bien salgo de la Iglesia,
A pocos pasos, muy pocos,
Siento que una mano amiga
Me toca blanda en el hombro.
Vuelvo, lector, la cabeza,
Y atónitos ven mis ojos
Un hombre, tan parecido
Como lo es un huevo á otro,
Al buen Manco de Lepanto,
Al soldado valeroso,
Que vertió su noble sangre
Con españolisimo heróico.
Al cinto ciñe la espada
Que ceñía cuando mozo,
Con la que en Argel hacia
Cautivo temblar los moros.
Como blason de su ingenio
En su diestra lleva un rollo
De papeles, distintivo
Prez de escritores y adorno.
—Dios os guarde, buen hermano,
Me dice; y su noble rostro
Veo á la luz de la Luna
Tan simpático y hermoso,
Como cuando apuesto y digno,
Sin contar sus treinta agostos,
Por su Dios, su patria y rey
Logró eurojecer el Ponto.
—Señor Miguel, y es verdad?
(Con cariño le respondo.)
Aunque nací en este siglo,
Soy tan feliz y dichoso
Que veros puedo?

—Dejaos

De lisonjas y pirópos,
Con desenfado contesta;
Y prosigue de este modo;
—Dios Nuestro Señor permite,
»Venga yo esta noche solo
»A platicar mano á mano
»Con vos por instantes cortos.
»Sois un cura: yo me alegro;
»Pues podeis del purgatorio
»Sacar poetas, que gimen
»En el más triste abandono.
»El sacrificio incruento
»Cada día fervoroso
»Ofreced por su descanso,
»Y saldrán de penas pronto.
»De su vivaz fantasía
»Y de su númen fogoso
»Por haber tanto abusado
»En su versos amatorios,
»Hoy, en castigo bien justo,
»Algunos de aquellos locos
»O necios amartelados,
»De lágrimas dos arroyos
»Sin interrupcion derraman
»Desde siglos ya remotos,
»Lejos de Sion, morada
»De paz, de eterno reposo.
»El Arcipreste de Hita,
»Que olvidando el Sacerdocio,
»Escandalizó á su siglo
»Y siguientes con sus folios,
»En aquel fuego lamenta
»Y detesta ruboroso
»Sus abominables coplas
»Dignas del mismo Petronio.
»A su lado tambien sufren
»Por sus juveniles ócios,
»Cadalso, Iglesias, Melendez,
»Arolas, Lista y Reinoso.
»Felices estos mil veces:
»Mas ¡oh dolor! gimen otros
»Sin esperanza y consuelo
»En abismos tenebrosos,
»Porque al Criador negaron,
»A quien lo debían todo,
»Incluso el ínclito ingenio,
»Que ostentaban orgullosos.
»De aquellas negras mansiones
»Sepultados en el fondo,
»Entre inextinguibles llamas
»Atormentados por mónstruos,
»Llora el romano Lucrecio,
»Que en metro fácil, sonoro,
»Hizo de la vil materia
»La apoteosis y elogio;
»Lloran ciento, lloran mil,
»Que insultaron sin rebozo
»En sus cantares á Dios,
»A Dios, su Padre amoroso.
»El que más, empero, sufre
»En aquellos calabozos,
»Es el impio Voltaire,
»Vate quizá el más famoso,
»A quien la clínica Francia,
»Con gran placer del demonio,

• Hoy día estatuas erige
 • Y monumentos gloriosos.
 • Tiempo vendrá en que, de llanto
 • Y rubor cubierto el rostro,
 • Renegará de su hijo
 • (A quien llamaba su Apolo)
 • De Clodoveo la Pátria;
 • La Pátria en que abrió sus ojos
 • San Luis, el preclaro Nieto
 • Del español don Alfonso.
 • Olvidemos, caro hermano,
 • Recuerdos tan dolorosos,
 • Y elevando nuestra mente
 • Del Altísimo hacia el trono,
 • Considerad que allí cantan
 • Con laudes y arpas de oro
 • Atabanzas al Eterno
 • Mil vates, mil, religiosos.
 • El Rey Profeta preside
 • Aquellos divinos coros,
 • Con el dorado salterio
 • Que sonaba en los contornos
 • Del Jordan embebecido,
 • Cuando a su canto armonioso
 • Detenia sus corrientes
 • En grato y placido arrobó.
 • Como en los góticos templos,
 • Gloria del órbe y asombro,
 • A los salmos de David
 • Responden melodiosos
 • Los cánticos apacibles,
 • Los himnos dulces, devotos,
 • Del buen Aurelio Prudencio,
 • Cisne de Hespéria canoro;
 • También en el cielo gratas,
 • Al pie del divino solio,
 • Con blanda cítara hebrea
 • Del Monarca más piadoso,
 • Cuerdas latinas modulan,
 • Que ciudad, donde á Jacobo
 • Visitó la Virgen Madre,
 • Oyó en los tiempos heroicos:
 • En el siglo ya lejano,
 • En el siglo venturoso
 • De Atanasios, y Augustinos,
 • Y Gerónimos, y Ambrosios.
 • Feliz España, feliz,
 • Que entre sus vates gloriosos
 • Cuenta al inclito Prudencio,
 • A cuyo plectro sonoro
 • Nombradía deben tanta
 • Aquellos héroes famosos,
 • Que derramaron su sangre
 • En las catástas y potros,
 • En las cruces y en el fuego,
 • Por el vencedor del Orco,
 • Por el Hombre-Dios, á quien
 • Plugo morir por nosotros.

(Se continuará.)

GASPAR BONO SERRANO.

EL RATON BUSCANOO NOVIA.

Un raton, orgulloso de sus atractivos, habia jurado no tomar esposa que no fuese digna de él. Asi pues, sin andarse en chiquitas, empezó por dirigirse nada menos que al mismísimo Sol, pidiéndole la mano de su hija, en atencion á no haber nadie más alto y poderoso que él. Esto era lisonjero para el Sol: sin embargo, como tenia muy buen sentido, le contestó:

—Desciende un poco, y encontrarás algo más fuerte que yo: ese *algo* es la nube que me oculta cuando le da la gana: ya sabes que yo no puedo dejarme ver si á ella se le antoja lo contrario.

El raton entonces llamó á la nube, y le dijo que la consideraba como lo más poderoso del orbe y que solicitaba el honor de ser su yerno.

—Vé al Norte, respondió la nube no menos modesta: allí verás un poder que me impone sus leyes. Es el viento que, cuando le place, me obliga á huir delante de él.

El pretendiente se volvió y observando que el viento venia á su encuentro, le dijo:

—La nube me ha demostrado que vos sois lo más pujante que existe y por eso....

—¿Cá, hombre! contestó el viento: hay una cosa superior á mí. ¿Ves esa torre de piedra? Pues hace muchos años que me estrello en ella sin poder derribarla ni arrancarle siquiera una china del tamaño de un garbanzo.

—En ese caso, dijo el ratoncillo, no es vuestra hija lo que yo necesito: voy á dirigirme á la torre.

Cuando hubo expuesto su pretension con igual atrevimiento, la torre le respondió:

Eres un loco: y el que te ha enviado á mí para encontrar la fuerza suprema se ha burlado de ti seguramente. Hay una mayor que la mía.

—¿Cuál? preguntó el ratoncillo.

—Una que nadie puede resistir, y esa fuerza es la rata. Ella es ama en mi casa; me roe por todos lados: hace agujeros en mis sólidas murallas: no hay argamasa que no destruya: mi peso es nada para ella: socava mis cimientos sin tregua, y llegará un día en que me derribará.

El raton, en vista de esto, acabó por donde debiera haber empezado, por casarse con la rata.

LOS TESOROS DE BEN-ALI.

El anciano Ali dejó, al morir, una inmensa fortuna. Comerciante astuto y hábil habia amontonado riquezas sobre riquezas. Nunca habia hecho gastos inútiles; por el contrario, en medio de su opulencia, habia arrastrado una vida llena de privaciones.

Ben-Ali, su hijo único, aunque aguardaba recoger una cuantiosa herencia, vió sus esperanzas sobrepujadas por la realidad. En los vasos subterráneos que escondían el producto de los trabajos y economías de su padre, descubrió

multitud de cofres llenos de oro, diamantes y piedras preciosas de todas especies. Con tantos tesoros hubiese podido comprar ciudades y hasta provincias enteras.

Ben-Ali, sin embargo, no era feliz. No podía salir de su casa, ni para sus negocios, ni por recreo, sin que resonasen en sus oídos palabras ofensivas. Muchas veces los chiquillos que le seguían, le señalaban con el dedo, gritando. — «¡Ahí va el hijo del avaro!»

— ¡Yo me vengaré! dijo Ben-Ali.

Es de advertir que el hijo era tan generoso como egoísta había sido el padre, tan religioso aquél como impío este; y que su sensible corazón había sufrido cruelmente por la dureza del viejo Ali. La venganza que meditó fué sobremanera extraña.

— Soy rico, poderoso (pénsalo); puedo viajar suntuosamente, disfrutar de todos los deleites, y caminar de placer en placer. Pues bien, nada de eso haré: buscaré á los pobres y á los infortunados y me esforzaré por socorrerlos. Quiero que en Alepo, mi ciudad natal, no se encuentre ningún hombre reducido á pedir limosna.

A este fin salía diariamente disfrazado de peregrino: penetraba en las calles más oscuras y en las más miserables viviendas; y si encontraba un pobre que no tenía con que alimentar á sus hijos, ó un niño incapaz de mantener á su anciano padre, distribuía entre ellos sus monedas de oro y les invitaba á participar de su frugal comida.

Un día, satisfecho de sí mismo y contento del uso que había hecho de su fortuna, salió de la ciudad. Un cuarto de legua habría andado poco más ó menos, cuando, á la entrada de un bosque, encontró á un anciano ocupado en hacer leña y cuyas fuerzas se agotaban con la fatiga. Adivinábase que sólo la necesidad podía obligarle á ejercitarse en tan rudo trabajo.

Amigo, le dijo Ben-Ali; deja una faena que es superior á tus fuerzas, y toma este dinero, pues estoy encargado de entregarlo al primer menesteroso que encuentre.

— Guárdate ese oro, amigo, contestó el anciano: yo sólo quiero vivir del producto de mi trabajo.

— Me das un disgusto, replicó Ben-Ali; soy rico, y tengo más oro y diamantes que ningún monarca de la tierra. En vez de disipar mi fortuna en los placeres, he resuelto aliviar la miseria de los que nada tienen; y pienso vivir entre privaciones mientras exista un solo pobre en Alepo. Así, pues, te ruego que, si no por tí, por mí, aceptes esta exigua cantidad que me devolverás cuando no te haga falta.

(Se continuará.)

EL PEOR DE LOS VICIOS.

El vicio más detestable de cuantos hay en el Orbe es, según creo, el de dar á cada cosa su nombre.

¿De la dulce poesía qué fuera ¡oh Musas! entonces? ¿qué fuera de la hermosura del lenguaje de los dioses?

Mengua y deshonra y oprobio, sería para los hombres llamar al asno borrico y á sus estocadas coces.

¿Quién á un sastre ó zapatero se lo llama en sus bigotes, hoy que artista se apellida hasta el que pinta balcones?

Hoy que es artista el que baila, y el que forja picaportes, y el que recorta adoquines, y el que sopla en un oboe.

¿Ni quién por el nombre indica con que todos le conocen el sitio donde á los niños les sacuden los azotes?

La urbanidad y sus leyes que llamemos nos imponen á las mujeres señoras, caballeros á los hombres.

Los ojos de una muchacha por fuerza han de ser dos soles; marfil ó nácar sus dientes, y perlas sus lagrimiones.

Nevado cuello de cisne será el pescuezo ó cogote; y nadie hable de quijadas, de sobacos, ni talones.

Al Alguacil ó Eseribano, si están delante y lo oyen, para nombrarlos es fuerza buscar rodeos, ó motes.

A los médicos ó físicos (y no por pulla lo tomen) de la ciencia de curarnos se les llama profesores.

Y son desde hace, algún tiempo, las boticas y jarópes oficinas de Farmacia y químicas producciones.

Y para adalará un necio gacetillescos renglones por disimulo le llaman el muy apreciable jóven.

Orador es distinguido el charlatan que dá voces y más de cuatro copleros, conocidos escritores.

Patriota es el intrigante que aspira á Ministro ó Conde, y comerciante el hortera, y abonos las suscripciones.

El impresor es tipógrafo, y los cómicos actores; cubeta urinaria.....aquellos; pueblo libre el que alborote.

En fin qué tendrán de malo estas cosas y estos nombres, cuando teme el que los usa que el usarlos le deshonre?

Y me callo muchas otras con muchas otras razones, por si ofenderse pudieran algunos de mis lectores.

Que no todas las verdades son para letras de molde; pues si hay libertad de plumas háyía también de garrotes.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

HISTORIA NATURAL.

EL BURRO.

¿Le veis? Sus grandes ojos retratan la inteligencia, sus largas y movibles orejas revelan lo inquieto de su espíritu, su delgado y elástico rabo lo sutil y flexible de su pensamiento.

Tal vez habrá quien piense que sólo ha nacido para conducir sacos de yeso, cargas de carbon, ó nabos de Fuencarral; pero se engaña quien tal crea: su misión varía según la naturaleza de las circunstancias, y ora ocupa un lugar en las Cámaras, ora trepa hasta una poltrona ministerial, ora se sienta entre los Académicos de la Española.

Como en la sabida fábula, se reviste con la piel del león, ó sea con las insignias de aquellos cargos; pero siempre sus orejas asoman, más ó menos descaradamente, por bajo del plumífero sombrero, ó á través de las coronas de laurel que roba al mérito de los demás.

Su voz clásica, como todos sabemos, es el rebuzno; y su agudo timbre se deja percibir, lo mismo en un discurso que en una Real orden; lo mismo en una gacetilla que en un artículo de fondo: lo que varía es la forma; en la esencia, el rebuzno siempre es rebuzno, y burro el que lo despide.

El alimento que ordinariamente consume es paja y cebada; suele aderezarse, sin embargo, frecuentemente con pimienta de destinos, ó tal cual granito de condecoración ó de título de Castilla.

La gravedad es su divisa: el personaje más serio es casi siempre el más burro; en él la gravedad es la máscara de la ineptitud.

Otro de sus más notables distintivos es la tenacidad: la justicia inflexible le indica su destino señalando el fondo de un pesebre: pero el mandato de la justicia se estrella en la terquedad portentosa de aquél, que hace oídos de mercader, y en vez de tomar el camino de la cuadra dirige su rumbo á lo alto del Capitolio.

Si fuera un reptil, los racionales lo aniquilarían bajo su pié; asno, le temen, y respetan su resolución: al fin y al cabo sabe dar coces, y detenerle en su camino equivale á exponerse á recibir más de una.

Dícese vulgarmente que nunca un asno tropieza dos veces en un mismo sitio; y es exacto, mas no se debe á su prevision, sino á que, como siempre camina hacia adelante, su pezuña no huele jamás el lugar que una vez ha pisado. La misión del burro es adelantar sin descanso, dejando atrás á los hombres más sabios, y á las eminencias de todos calibres; lo cual hace la desesperación de las eminencias y de los sabios.

Es tan constante como pesado, y tan pesado como los discursos de algunos oradores parlamentarios; tan estúpido como algunas novelas que se publican á real la entrega, y tan valiente como muchos generales que yo conozco.

Finalmente, aunque sus acentos son ordinariamente repulsivos, cuando el burro llega á ocupar un alto puesto, su voz varía de timbre, y resue-

na en los oídos de todo el mundo como una música deliciosa. Cada rebuzno es un chiste delicado ó una máxima profunda. Verdad es que en este caso sus mordiscos se toman por caricias, y sus coces por señaladas muestras de aprecio. Estos son fenómenos que tienen una explicación muy plausible; pero nosotros la callamos, porque es inútil decir lo que todo el mundo sabe.

Vamos, pues, á resumir; y resumiendo diremos que el Burro no tiene la nobleza del caballo; ni la esbeltez de la gacela, ni la sobriedad del camello, ni la sagacidad de la zorra, ni la laboriosidad de la abeja; pero en cambio tiene todos los defectos de los demás animales, razón por la cual merece la preferencia del hombre para una multitud de aplicaciones.

HABLOLLAS!

La zarzuela *Justos por pecadores*, ejecutada recientemente en el teatro de Jovellanos, no corresponde á su título. Allí no hay ningún *justo*: allí todos son *pecadores*, desde el autor hasta el último comparsa.

Sin embargo, el público nos hace el efecto de un justo que *paga* los pecados del señor Larra.

Señores ¿no es un dolor
Que, con su ingenio robusto,
Pudiendo Larra ser *justo*,
Se obstine en ser *pecador*?

Los carteles de los Bufos, revelándonos que el autor de *Chamusquina* se llama Don Rafael García y Santisteban, le han arrebatado el mérito del pudor que en nuestro anterior número le atribuimos.

¿Pero ese Santisteban es el que escribió *La doctora en travesuras*, *La caza del gallo* y *la Frutera de Murillo*? Si es el mismo, mucho ha variado desde entonces.

El Teatro de la Zarzuela está regalando novedades con una prodigalidad espantosa. Después del estreno de *Justos por pecadores*, nos ha soplado *Los Magyares*, *Jugar con fuego*, *El Sargento Federico*, *Matilde y Malek-Adel*, *Pan y Toros* y otras producciones nunca vistas ni oídas en Madrid.

Un amigo nuestro nos recordaba días há, con la mayor ingenuidad, que el célebre escultor Alonso Cano se negó en sus últimos momentos á recibir los auxilios de un clérigo. Le lo presentaba un Cristo... *detestable*!

Esto se da la mano con aquel famoso inventario en que figuraban:

Dos Santos Cristos, uno peor que otro.

Una virgen usada.

Y la Transfiguración del Señor en cobre.

Un hijo litigaba contra su padre, y consultó sobre el probable éxito de la contienda al sabio Pitaco.—«Si no teneis razon (dijo éste), sereis condenado: si la teneis, deberíais serlo.



El Señor Don Antonio Lopez y Ramajo ha tenido la atencion da remitirnos un ejemplar de su curioso folleto titulado *«Reseña histórico-arqueológica de los monumentos que existen en la célebre ciudad de Alcalá de Henares.»* del cual acaba de publicar la segunda edicion corregida, aumentada é ilustrada con notas.

Este opúsculo se recomienda, á la vez que por lo interesante de las noticias que encierra, por su estilo claro y sencillo, aunque correcto y elegante, y por la suma de conocimientos é investigaciones que supone en su autor.

Los aficionados á esta clase de trabajos deben apresurarse á adquirirlo, seguros de que no han de consultarlo sin fruto.



Con el título de *«El Ateneo Lorquino»* se publica en la ciudad de Lorca una revista mensual destinada principalmente á dar cuenta de los agradables ratos que proporciona á sus asociados la academia que lleva el nombre del periódico. Contiene además curiosos artículos y bellas poesías, distinguiéndose entre aquellos los *«Apuntes sobre la música y demás bellas artes en general»*, firmados por don Enrique Perez de Tudela, compositor ya ventajosamente conocido en esta corte.



Un aficionado contemplaba los siete sacramentos pintados por Pousin; y fijándose en el cuadro alusivo al matrimonio, dijo:—«Ya veo que, ni aun pintado, es fácil hacer uno bueno.



Cierto cojo se habia alistado en el ejército como soldado de infanteria; y como le preguntasen por qué no se habia alistado en la caballeria, contestó:—«Por que nó voy á la guerra para huir.»



Al salir de una funcion religiosa en que el predicador habia disertado desgraciadisimamente sobre las bienaventuranzas, dijo una señora al predicador.—«Se os ha olvidado una.»—«Cuál?» preguntó el clérigo.—«Esta, contestó la dama: bienaventurados los que no han asistido al sermón.»



Cierto sujeto de muy mala fama puso á la puerta de su vivienda esta inscripcion: *«que no entre nada malo por aquí.»* Un chusco que la vió dijo:—«Entonces ¿por dónde diablos entrará el amo de la casa?»



El Emperador Tito nunca consintió que se castigase á los que hablasen mal de él.—«Si lo hacen por ligereza (decia), debe despreciarseles; si por locura, compadecerseles; si por odio, perderseles.»

ENIGMA.

Cuatro patas tengo á veces,
y á veces ninguna tengo.
Cuando tengo cuatro patas

de mi sitio no me muevo;
y cuando me hallo sin ellas
con frecuencia voy corriendo,
subo y bajo, y ando siempre
en continuo movimiento.
Hay algo en mí que tambien
se vé en libros de comercio:
soy cosmopolita, y vivo
lo mismo en un ministerio,
que en palacio, ó en la cuadra,
ó en el figon, ó en paseo.
Me forman en comandita
de natura los tres reinos,
y así en mí ves la madera,
el oro, el cristal, y el hierro,
la seda y el algodón,
la gnttapercha y el cuero.
A veces de carne humana
me rellenan, y en un verbo
salgo á los caminos reales
y disparada por ellos
voy á buscar tierra extraña
donde dejar lo qué llevo.

(La solucion en el número próximo.)

CHARADA.

Cierto frivolo mancebo
muy preciado de buen mozo,
decia á un amigo suyo:
—«Cuando la una y dos me pongo,
si la dos y una me mira,
no cabe en la piel de gozo
y se enamora de mí!»
—«¡Primera! contesta el otro;
eso es segunda doblada:
dos y una execra á los tontos,

(La solucion en el número próximo.)

Solucion á los problemas insertos en el número anterior.

Logogrifo.....Modestia.

Charada.....Apolodoro.

ADVERTENCIA.

De muy buen grado publicaríamos los nombres de los suscritores que nos remiten soluciones á las charadas y demás publicaciones de ingenio que aparecen en EL CAFÉ. Pero las dimensiones de nuestro periódico no nos permiten invertir una parte considerable de él en la insercion de nombres propios que ningun interés ofrecen para la generalidad de los lectores.

Madrid.—Imprenta de S. Landáburu, Plaza de los Carros, 2 bajo.